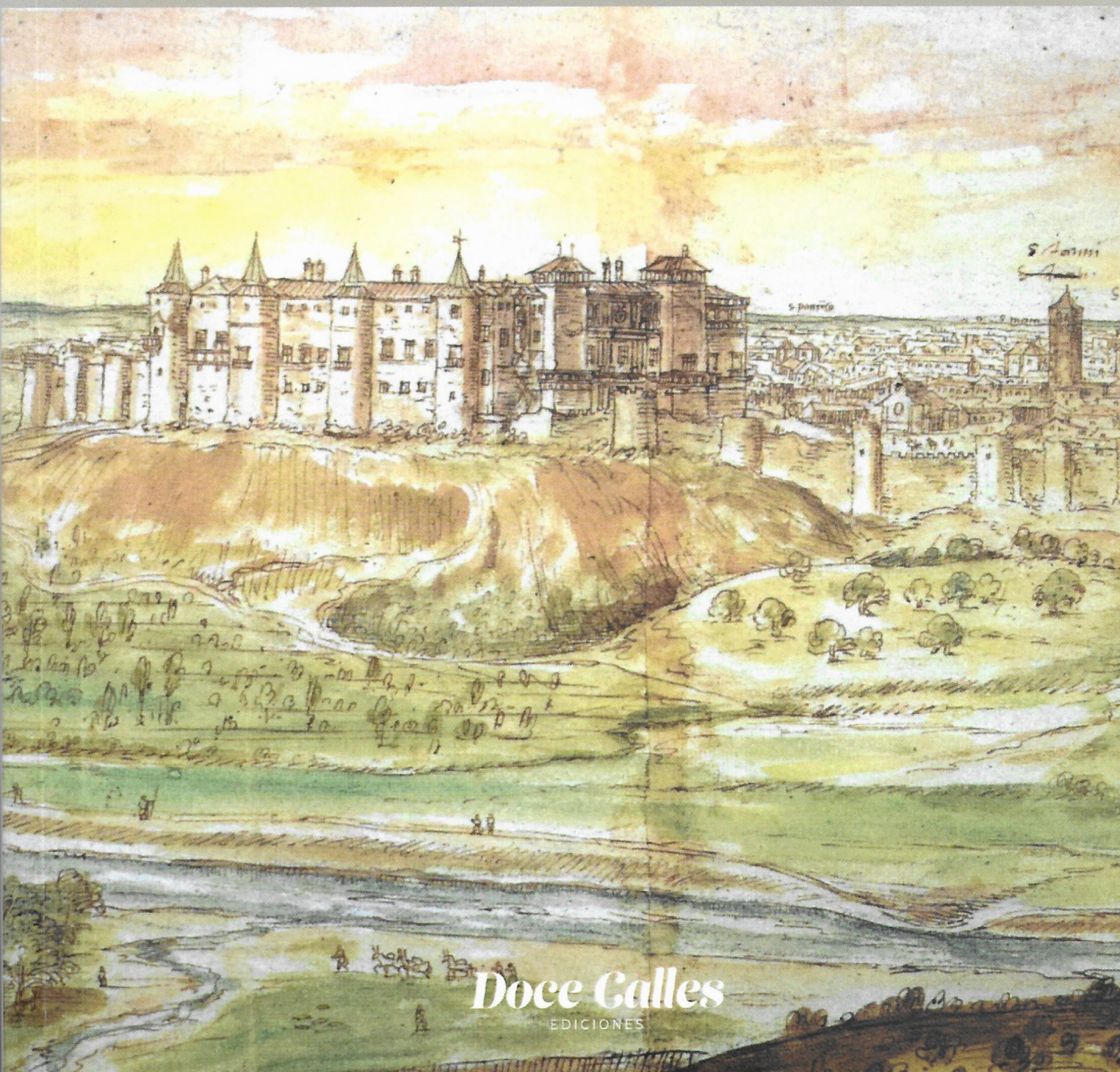


# Espacios del coleccionismo en la Casa de Austria

(SIGLOS XVI Y XVII)

Fernando Checa Cremades  
(ed.)



Doce Calles  
EDICIONES

ESPACIOS DEL COLECCIONISMO  
EN LA CASA DE AUSTRIA  
(SIGLOS XVI Y XVII)

*Edición a cargo de*  
Fernando Checa Cremades

Proyecto de Investigación Espacios del coleccionismo en la casa de Austria: siglos XVI y XVII. el Real Alcázar de Madrid, el Palacio del Pardo, el Monasterio de El Escorial (HAR2015-71905-REDT) financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad



Con la colaboración de:



Imagen de cubierta: Antón van den Wyngaerde, *Vista de Madrid*, 1562, dibujo con aguadas sobre papel. Viena, Österreichische National-Bibliothek

© De cada texto su autor.

© De la presente edición: Ediciones Doce Calles, S.L. Apdo. de Correos, 270  
28300 Aranjuez (Madrid)  
[www.docecalles.com](http://www.docecalles.com)

ISBN: 978-84-9744-452-1

Depósito legal: M-10297-2023

*Printed in Spain*

## SUMARIO

RIZOMA, MADRIGUERA .....	11
<i>Fernando Checa Cremades</i>	

### I

#### GÉNEROS ARTÍSTICOS Y LUGARES DE COLECCIÓN

Nell'ombra degli Asburgo: forme di collezionismo e mecenatismo in Italia nel Cinquecento. Un confronto fra Venezia e la Sicilia .....	19
<i>Bernard Aikema</i>	
Tapices de devoción y colgaduras bíblicas de la colección real española. Tesoros reales, eclesiásticos y pontificios .....	37
<i>Concha Herrero Carretero</i>	
Coleccionismo numismático, divisas y bibliofilia metálica en las cortes de los Habsburgo .....	57
<i>Víctor Mínguez Cornelles</i>	
Las joyas de las princesas Habsburgo: la construcción de una imagen regia.....	79
<i>Elisa García Prieto</i>	
Los objetos rituales en las colecciones habsbúrgicas y las etiquetas cortesanas en torno a príncipes e infantas .....	99
<i>Inmaculada Rodríguez Moya</i>	
Espacios, hechos e ideas en torno a la alimentación de los Austrias a través de los bodegones del Alcázar de Madrid.....	119
<i>Vanessa Quintanar Cabello</i>	
Coleccionar «sciencia» en la corte española durante el siglo XVII: entre el conocimiento, el entretenimiento y la representación del poder.....	139
<i>Margarita Ana Vázquez Manassero</i>	
Los descargos del oficio del Guardajoyas, una importante fuente documental para reconstruir la colección de Felipe II.....	163
<i>Almudena Pérez de Tudela Gabaldón</i>	
La colección de las Descalzas Reales entre Flandes y Madrid. Imágenes y prácticas devocionales en torno a la piedad Habsbúrgica .....	185
<i>Victoria Bosch Moreno</i>	

Ilario Mazzolari: ideología religiosa y contextos históricos artísticos para una narración <i>a la italiana</i> del Monasterio de San Lorenzo El Real de El Escorial (1648-1650) .....	205
<i>Matteo Mancini</i>	
The (Re-)Presentation of the Imperial Collections in the 17th Century .....	219
<i>Friedrich Polleross</i>	

## II

### LOS ESPACIOS DEL COLECCIONISTA

Los tapices de «La Guerra de Alemania» del Gran Duque de Alba: aspectos iconográficos y motivaciones cortesanas para un encargo nobiliario .....	251
<i>Antonio Gozalbo Nadal</i>	
Vestir a una reina. El guardarropa de Isabel de Valois .....	277
<i>Elena Vázquez Dueñas</i>	
Sobre la formación del gusto y la colección del príncipe don Carlos .....	291
<i>Jesús F. Pascual Molina</i>	
Don Carlos, príncipe de las Españas, y la tapicería: regalos, adquisiciones, herencia de María de Hungría y su fortuna posterior.....	311
<i>Miguel Ángel Zalama</i>	
Sor Margarita de Austria y el Monasterio de las Descalzas Reales de Madrid: entre devoción y coleccionismo .....	333
<i>Carmen García-Frías Checa</i>	
Lastanosa, personaje literario, coleccionista de maravillas, anticuario y químico ....	363
<i>Miguel Morán Turina</i>	
<i>Musaeum clausum</i> vs <i>Natura reclusa</i> . El camarín de Juan de Espina.....	377
<i>Pedro Reula Baquero</i>	

## VESTIR A UNA REINA. EL GUARDARROPA DE ISABEL DE VALOIS

Elena Vázquez Dueñas  
Universidad Complutense, Madrid

El 3 de abril de 1546<sup>1</sup> nació en el castillo de Fontainebleau, Isabel de Valois (1546-1568),<sup>2</sup> segunda hija de los reyes de Francia, Enrique II y Catalina de Médicis. Ya cuando contaba con 7 años se había proyectado para ella un matrimonio con el joven rey inglés, Eduardo VI (1537-1553),<sup>3</sup> por entonces de 11 años. Isabel debería trasladarse de país desde niña con el fin de adaptarse al nuevo ambiente. Sin embargo, dicho traslado no llegaría a realizarse, puesto que en 1553 moría Eduardo de una tuberculosis pulmonar.

Frustrada la alianza con Inglaterra, se pensó entonces afianzar la paz con España, casando a la joven princesa con el príncipe Carlos, hijo de Felipe II y de su primera mujer María de Portugal. Sin embargo dicha boda no llegó a realizarse tampoco, porque «pareció a su padre que don Carlos no estaba de sazón».<sup>4</sup> Felipe II, de 33 años, decidió entonces tomar a Isabel, de 14 años, como propia esposa. Tal desenlace trajo consigo cierta leyenda negra creada

<sup>1</sup> GONZÁLEZ DE AMEZÚA Y MAYO, Agustín G. de, *Isabel de Valois. Reina de España (1546-1568). Estudio biográfico*, 3 tomos en 5 volúmenes, Madrid, Gráficas Ultra, 1949, I, p. 12, nota 13.

<sup>2</sup> Véase ÉDOUARD, Sylvène, *Le Corps d'une reine. Histoire singulière d'Élisabeth de Valois 1546-1568*, Rennes, Presses Universitaires de Rennes, 2009.

<sup>3</sup> Nació en Hampton Court el 12 de octubre de 1537. Fue rey de Inglaterra y de Irlanda desde el 28 de enero de 1547 hasta su muerte. Fue el único hijo varón superviviente del rey de Inglaterra Enrique VIII (1491-1547) y de su tercera esposa Jane Seymour (1509-1537), que murió tan sólo doce días después de dar a luz a su hijo.

<sup>4</sup> CARRERA DE CÓRDOBA, Luis, *Historia de Felipe II, rey de España [1619-1876]*, 4 vols., ed. de José Martínez Millán y Carlos Javier de Carlos Morales, Valladolid, Junta de Castilla y León, Conserjería de Educación y Cultura, 1998, IV, p. 186.

por historiadores y literatos que imaginó amores del príncipe don Carlos con su joven madrastra.<sup>5</sup> El hecho de que ambos murieran prematuramente el mismo año hizo que el relato acabara convirtiéndose en mito popular, acentuado aún más a través de la obra teatral de Friedrich Schiller (estrenada en 1787) y la ópera de Giuseppe Verdi, inspirada en ésta (estrenada en 1867).

Tras fallecer María de Tudor, segunda esposa de Felipe II, el Rey había tratado de concertar un matrimonio con la hermana de ésta, Isabel de Inglaterra, con escaso éxito. Felipe II buscó entonces apoyo en la otra gran potencia: Francia. De este modo, el 4 de abril de 1559, se firmaba la alianza de paz franco-española en Cateau-Cambrésis. Tras descartarse la boda de la joven princesa Isabel con el príncipe don Carlos, el propio Felipe II sería quien contrajera matrimonio con Isabel de Valois, con el fin de afianzar el acuerdo de paz. De hecho, el acuerdo de matrimonio ocupaba los capítulos 26 al 33 del famoso Tratado de Cateau-Cambrésis.

La boda se realizó primero por poderes en París, el 20 de junio de 1559, actuando el Duque de Alba como delegado de Felipe II en la firma del contrato matrimonial. Durante los festejos conmemorativos, se produjo sin embargo un triste suceso. El rey de Francia, Enrique II, resultó gravemente herido en una justa en la que se enfrentaba con el capitán de su guardia escocesa, el caballero Montgomery, y murió días después, sucediéndole en el trono su primogénito Francisco II.

Es por ello que, al comienzo de su viaje a España, en diciembre de 1559, Isabel vestía de luto. Pero el cambio de Casa Real empezaba con el cambio de traje, de manera que antes de cruzar los Pirineos, ya a principios de enero, Isabel había abandonado el luto, vistiendo a lo largo del resto del recorrido trajes según la moda española. Dejaba atrás su vínculo con la Casa de Francia, o al menos esa era la primera imagen que se quería transmitir. Un cambio de atuendo que se produjo no sólo en la futura reina sino en todo su séquito de damas.<sup>6</sup>

Sin embargo, lo cierto es que una vez llegada a España, a comienzos de 1560,<sup>7</sup> volvió a sus vestidos franceses. De hecho, en su primer retrato oficial realizado por Sánchez Coello (Fig. 1) la representa con un vestido a la francesa: «una ropa de brocado de seda asalmonado, abierta de la cintura a los pies,

<sup>5</sup> Véase LEVI, Ezio, *Storia poetica di Don Carlos*, Pavía, Mattei & C., 1914.

<sup>6</sup> ÉDOUARD, Sylvène, «Isabel de Valois, hispanizada en la corte de Felipe II» en COLOMER, José Luis, y DESCALZO, Amalia (dirs.), *Vestir a la española en las cortes europeas (siglos XVI y XVII)*, 2 vols, Madrid, Centro de Estudios Europa Hispánica, 2014, II, pp. 237-266: 240.

<sup>7</sup> Luis Cabrera de Córdoba decía: «Partió la reina de España de París, acompañada de Antonio de Borbón, duque de Vandoma, y pasando los Pirineos por San Juan de Piedepuerto, la entregó en las vertientes de España, en la villa de Roncesvalles, a cuatro de enero de mil y quinientos y sesenta, al cardenal de Burgos, don Francisco de Mendoza, y a don Íñigo López de Mendoza, cuarto duque del Infantado, que a su recibimiento y acompañamiento magnífico y suntuoso vinieron a Navarra con gasto y grandeza verdaderamente real». CABRERA DE CÓRDOBA, Luis, *Historia de Felipe II... cit.* (nota 4), I, p. 209.



Fig. 1. Alonso Sánchez Coello, *Isabel de Valois*, Kunsthistorisches Museum, Viena.

«sobre un cuerpo bajo de damasco blanco del mismo tejido que las mangas cuyas cuchilladas llevan adornos de agujetas. El escote es de estilo francés y la gorguera se disimula con una tela ligera ricamente trabajada con perlas que acaba en un cuello de encaje que sube hasta las orejas». <sup>8</sup> El vestido debió realizarse en sus primeros meses en la Corte española, ya que no figura entre los vestidos inventariados al partir de París. <sup>9</sup>

Isabel trajo consigo un abundante guardarropa, que incluía también el de sus damas además de mobiliario, y estaba constituido por varios centenares de baúles que eran dos veces más anchos que altos <sup>10</sup>. Interesaba dar una imagen majestuosa de Francia y, por eso, las vestimentas tanto de Isabel como de sus damas debían ser de lo más variado y rico. En el inventario que recoge la ropa que Isabel de Valois trajo de Francia, en el capítulo de los vestidos, constan ejemplares de diversa procedencia. Entre las sayas:

– Una saya entera con su falda y mangas a la española, de raso blanco en bordado de oro y perlas, con su debantal de tela de plata en bordado y perlas.

– Otra de tela de plata blanca rizada, con las mangas a la piemontesa, guarnescida de dos fajas de bordado de oro y perlas.

– Otra de gorgorán de Nápoles verde, en bordado de oro y plata las labores, a modo de ramilletes, con las mangas a la milanesa, y guarnescida con dos fajas de bordado de oro y plata.

Pero también:

un manto real grande, de terciopelo morado, a cuatro órdenes, sembrado y cuajado de flores de lis, aforrado de tafetán blanco y ermiños, con su falda de seis varas y media de largo.

Figuraban además en el inventario hasta veinticuatro pares de medias de seda, diez y ocho pares de zapatos, cuatro docenas de camisas de Holanda, para de día y otras cuatro docenas, para la noche, diez y siete pares de sábanas de Holanda, doce peinadores de Holanda, cinco docenas de almohadas de Holanda... Llevaba también consigo piezas de vajilla y muebles como «una cama de terciopelo carmesí, con su madera, mangas, couertor, y tres cortinas de damasco carmesí, largueada de pasamanos de oro y plata y franjas de seda carmesí para bajo». Entre las diversas menudencias que no estaban incluidas en el inventario general constan:

<sup>8</sup> ÉDOUARD, Sylvène, «Isabel de Valois...» *cit.* (nota 6), p. 248.

<sup>9</sup> *Ibidem.*

<sup>10</sup> *Ibidem.*, p. 255.

Doce docenas de cintas de seda. Otras doce docenas de laços de seda. Doze pieças de listones para hacer laços. Otras doze pieças de listones de todas colores. Cincuenta millares de alfileres. Cuatro docenas de pares de guantes de Vandoma. Treinta peynes. Una banda de tafetán para sobre la cabeza. Una cofia de tafetán encarnado para la cabeça.<sup>11</sup>

No es de extrañar, por lo tanto, que en el momento de la partida Felipe II fuese advertido que los baúles que traía Isabel no podrían pasar por los senderos de los Pirineos debido a su anchura. Una solución podía ser enviarlos por mar pero ello podría suponer que la reina y sus damas no pudiesen disponer de sus posesiones a tiempo para la boda en Guadalajara. Por ello, el rey optó por enviar casi trescientas cincuenta mulas para que transportaran el equipaje en sustitución de las carretas.

El matrimonio se ratificó en el Palacio del Infantado en Guadalajara a fines de enero ya con la presencia de ambos contrayentes. Las distintas crónicas contemporáneas nos cuentan que Felipe iba vestido con un jubón y unas calzas en blanco, puesto que éste era el color reservado para las grandes ceremonias, bordado todo en oro, con gran número de piedras preciosas. Llevaba también una capa francesa de terciopelo violeta recubierta de oro y piedras preciosas, y una gorra negra con plumas blancas. El hecho de que la capa fuera según la moda francesa podría interpretarse como un gesto hacia el origen de la reina así como manifestaba que la moda española no excluía otras influencias.<sup>12</sup>

Isabel, por su parte, iba en esta ocasión vestida a la francesa con una saya de tela de plata y ropa y corpiño de lo mismo, aforrada en lobos cervales, y su chapirón de terciopelo negro con muchas piedras y perlas, y sobre el pecho llevaba una cruz de diamantes, muy rica, la misma con la que aparece en un retrato, atribuido a Antonio Moro en los meses iniciales de 1560 (Fig. 2). Se conserva también una copia de este retrato realizado por Alonso Sánchez Coello. Ambos cuadros son propiedad de la Colección Várez Fisa.

El vestido que lleva en este retrato se ha identificado con la siguiente partida de su inventario, y se tasó en el elevado precio de 50.000 maravedís:

una saya de terciopelo carmesi r(r)iço y leonada y hecha unas lauores y oxas para lo cortado con cuerpo alto e manga de punta aforrado en tafetan leonado y las mangas e r(r)uedo en r(r)aso blanco r(r)aspado e la guarniçion de la saya es con las ojas de terciopelo cortado. Tasose en çinquenta mil(l) *maravedis*.<sup>13</sup>

<sup>11</sup> GONZÁLEZ DE AMEZÚA Y MAYO, Agustín G. de, *Isabel de Valois... cit.* (nota 1), III/1, pp. 96-101.

<sup>12</sup> ÉDOUARD, Sylvène, «Isabel de Valois...» *cit.* (nota 6), p. 257.

<sup>13</sup> Archivo General de Simancas, *Inventario de Isabel de Valois, Casas y Sitios Reales*, leg. 67, fol. 10r (ubicación); GONZÁLEZ DE AMEZÚA Y MAYO, Agustín G. de, *Isabel de Valois... cit.* (nota 1), III/2, p. 540.



Fig. 2. Antonio Moro, *Isabel de Valois*, c.1560, Colección Várez Fisa.

Con el mismo vestido aparece también representada de espaldas en otro cuadro titulado *Banquete de los monarcas* realizado años después de su muerte, en 1596, por un seguidor de Alonso Sánchez Coello.

Tras su boda, los reyes realizarían un recorrido que les llevaría por Alcalá,<sup>14</sup> Madrid,<sup>15</sup> y Toledo,<sup>16</sup> como se pone de manifiesto en las distintas crónicas. De

<sup>14</sup> Véase GÓMEZ DE CASTRO, Alvar, *El recibimiento que la Universidad de Alcalá de Henares hizo a los Reyes nuestros señores, quando vinieron de Guadalajara tres días despues de su felicissimo casamiento*, Alcalá de Henares, Iuan de Brocar, 1560.

<sup>15</sup> Véase PÉREZ DE TUDELA, Almudena, «La entrada en Madrid de la reina Isabel de Valois en 1560», *Torre de los Lujanes*, 35 (1998), pp. 141-166. Sobre la entrada triunfal en Madrid se conserva una breve relación que fue dada a conocer por GONZÁLEZ DE ÁMEZÚA Y MAYO, Agustín G. de, *Isabel de Valois... cit.* (nota 1), III/2, pp. 443-447. El manuscrito original se conserva en el Instituto Valencia de Don Juan.

<sup>16</sup> Sobre la entrada en Toledo, véase CABRERA DE CÓRDOBA, Luis, *Historia de Felipe II... cit.* (nota 4), I, pp. 209-211. HOROZCO, Sebastián de, *Relación y memoria de la entrada en esta çibdad de Toledo del Rey y Reyna, nuestros señores, don Felipe y doña Isabela y del reçebimiento y fiestas y otras cosas, año de 1561*,

todos ellos, el más solemne fue el de Toledo, puesto que en él se invirtió mayor dinero (unos doce mil ducados frente a los 6.000 invertidos para la de Madrid), al tratarse del lugar de residencia de la Corte. En general, en la decoración de las arquitecturas efímeras realizadas para la ocasión predominan las armas de España y Francia, las flores de lis<sup>17</sup> y se recurre a una iconografía que hace hincapié en el papel pacificador de Isabel, ya que su matrimonio había consolidado el acuerdo político de Paz con Francia. Cabrera de Córdoba narró además como

la princesa de Portugal vino en litera vestida de negro con alguna guarnición, piedras y perlas en el tocado y manos, y las damas nunca salieron tan costosamente vestidas y preciosamente enjoyadas en acto solemne como éste, y contentas por venir sin las francesas, que por estar la Reina con viruelas enferma no lucieron en la solemnidad.<sup>18</sup>

Asimismo, las medallas acuñadas para celebrar el enlace llevarán alegorías de la Paz ante el templo cerrado de Jano, prendiendo fuego a un montón de armas, o la figura de la Concordia con las dos manos estrechadas.<sup>19</sup>

Cada una de las entradas fueron acompañadas de fiestas que incluyeron danzas, música, justas, juego de cañas, desfiles de infantería, corridas de toros... El recorrido toledano, concluye en el Alcázar, donde la esperaba el príncipe Don Carlos.

Con los Reyes había llegado a Toledo numerosos caballeros y gentes de alto y bajo linaje, procedentes de todas las naciones del mundo, lo que trajo consigo el disgusto de los toledanos que añoraban tiempos más tranquilos. Escaseaban las casas y alojamientos, que eran ocupados por los recién llegados, faltaban abastos, se encareció el precio de las cosas, así como los toledanos criticaban en general el desdén con el que eran tratados por los cortesanos.

Isabel de Valois permanecería un año en el Alcázar toledano (del 12 de enero de 1560 hasta el 27 de mayo del año siguiente), acompañada de su cuñada,

ms., 1561, fols. 230r-249v, recogida en HOROZCO, Sebastián de, *Relaciones históricas toledanas*, ed. de Jack Weiner, Toledo, Instituto Provincial de Investigaciones y Estudios Toledanos, 1981, pp. 181-213; LÓPEZ DE AYALA Y ÁLVAREZ DE TOLEDO, J. (Conde de Cedillo), *Toledo en el siglo XVI después del vencimiento de las comunidades*, Madrid, Imprenta de los hijos de M.G. Hernández, 1901, pp. 16-18.

<sup>17</sup> «Las flores de lis, poco antes tan odiosas por causa de las guerras, estuviessen agora en cada parte desta ciudad puestas, para con ellas adornar, y regozijar la fiesta». GÓMEZ DE CASTRO, Alvar, *Recibimiento que la Imperial ciudad de Toledo hizo a la Magestad de la Reyna nuestra señora doña Ysabel, hija del rey Henrrico II de Francia quando nueuamente entro en ella a celebrar las fiestas de sus felicissimas bodas, con el rey don Philippe nuestro Señor II deste nombre*, Toledo, Iuan de Alaya, 1561 (ed. facsímil: Málaga, Universidad de Málaga, 2012), fol. 4v.

<sup>18</sup> CABRERA DE CÓRDOBA, Luis, *Historia de Felipe II...* cit. (nota 4), I, p. 212.

<sup>19</sup> ARMAND, Alfred, *Les médailleurs italiens des Quinzième et Seizième Siècles*, 2ª ed., 3 vols., París, 1883-1887, I, pp. 238-239.

doña Juana (1535-1573), fundadora del Monasterio de las Descalzas Reales en Madrid y que se ocuparía de su educación religiosa, y de su séquito de damas.

El clima de Toledo no era nada propicio para alguien de tan delicada salud como era Isabel, que al poco de llegar a la ciudad enfermó de viruelas, lo que le impidió asistir al juramento del príncipe don Carlos, celebrado tan sólo unos días más tarde de su entrada en la ciudad. Y padeció otras tantas enfermedades a lo largo de su estancia, sin duda no favorecido por uno de los inviernos más crudos que se vivió entonces. El paisaje toledano, carente de jardines, era también muy diferente al que estaba acostumbrada Isabel en Fontainebleau o Saint-Germain. Todo ello le llevó a escribir a su madre a mediados de enero de 1561: «Puedo aseguraros, Señora, que si no fuese por la buena compañía que tengo en esta ciudad y la dicha de ver todos los días al Rey mi señor, juzgaría a este lugar por uno de los más desagradables del mundo».<sup>20</sup>

Probablemente, fueron éstas algunas de las causas que motivaron el traslado de la Corte a Madrid, instalándose en el alcázar madrileño en 1561. Isabel había llegado a España acompañada de una grandiosa Casa (unas 162 personas), creada por su propia madre con el objetivo de demostrar el poderío del reino francés, pero también con un claro fin político y estratégico. Se buscaba que permanecieran junto a la nueva reina el mayor número de personas de su entorno, para que influyeran en ella y proporcionaran información sobre la Corte española sirviendo de nexo de unión con Francia. Sin embargo, Felipe II quiso reducir lo más posible toda influencia externa. Si bien conservó algunas de sus damas francesas, hizo regresar a gran parte. De este modo, Isabel tuvo que redactar una memoria de las damas y oficiales franceses más deseables para su servicio. Respetando las personas de su mayor confianza, hizo entrar en su Casa damas y oficiales españoles, con el fin de que Doña Isabel aprendiera la lengua y se habituara a las costumbres del país que iba a reinar.

La condesa de Ureña fue la primera dama de honor española del entorno de Isabel, su camarera mayor. Entre sus damas de honor se encontraba también la joven pintora procedente de Cremona, Sofonisba Anguissola (1538-1625).<sup>21</sup> Cuando Sofonisba llegó a España, concretamente a Guadalajara, a principios de 1560, con motivo de la boda real, tendría unos 21 años. Sofonisba además de ser pintora, era una música excelente y amante de la literatura, aficiones que compartía con la joven reina. Por ello, cuando su fama llegó a oídos del duque de Alba, éste no dudó en recomendarla a Felipe II. Y de este modo,

<sup>20</sup> GONZÁLEZ DE AMEZÚA Y MAYO, Agustín G. de, *Isabel de Valois... cit.* (nota 1), I, p. 215.

<sup>21</sup> Véase KUSCHE, María, «Sofonisba Anguissola en España. Retratista en la Corte de Felipe II junto a Alonso Sánchez Coello y Jorge de la Rúa», *Archivo Español de Arte*, Madrid, 248 (1989), pp. 391-420.

se llegó a un acuerdo con el padre de Sofonisba a través del duque de Sessa, gobernador de Milán.

Mientras que sí solía firmar sus obras en Italia, una vez llegada a España deja de hacerlo, lo que dificulta la identificación de sus cuadros en esta etapa. La causa se debe a que por entonces Sofonisba ejercía ante todo como dama de la reina, y la pintura, aunque se dedicara a ella, no podía constituir su profesión. No recibía, por lo tanto, pago alguno por sus cuadros, sino que tenía sus gajes de dama de honor de la reina (que ascendían a 100 ducados anuales), que se uniría a algún que otro regalo por sus cuadros realizado. Fue también profesora de pintura de la reina. Se hizo traer de Francia lápices de colores de la mejor calidad, que un tal Jannet sabía preparar diestramente.<sup>22</sup> Madame de Vineux en 30 de septiembre de 1561 decía en una de sus cartas a Catalina:

La Reina emplea la mayor parte de su tiempo en la pintura, con extremado placer suyo, tanto, que yo creo que al cabo de un año llegará a pintar tan bien como su maestra, que es una de las mejores del mundo.<sup>23</sup>

Un año después de la muerte de Isabel de Valois, en 1569, se levantó el consiguiente inventario,<sup>24</sup> mandado a su fallecimiento por Don Antonio de la Cueva, mayordomo de su Casa, y del que se hizo cargo su guardajoyas, Cristóbal de Oviedo. De manera que constituye un valioso testimonio de la abundancia y variedad de los bienes de Isabel. Se trata de un inventario que registra desde sus joyeles y ropas fastuosas, hasta los humildes trastos y pucheros de la cocina regia. Para realizar tal minuciosa tarea fue necesario recurrir a especialistas en cada ramo u oficio para llevar a cabo la tasación de las distintas piezas. Así de

<sup>22</sup> Limoges a Catalina de Médicis, Toledo, 9 de febrero 1560: «Je l'ai trouvée passant le temps en ung brouillas de portrait qu'elle a fait devant moy aussi promptement qu'elle a bon esprit. Estant incroyable comme, ayant quelque peu apprins d'une de ses dames italiennes que le roy luy a donné, elle a prouffité en la paincture... M'ayant commandé de vous supplier par le premier lui adresser des crayons de toutes couleurs et bien faicts, qu'elle scayt que Jannet scaura luy préparer dextrement». (Biblioteca Nacional de París, fonds français, vol. 6614, fol. 58). Citado en GONZÁLEZ DE AMEZÚA Y MAYO, Agustín G. de, *Isabel de Valois... cit.* (nota 1), I, p. 261, nota 108.

L'Aubespine visita a Isabel, y la encuentra trazando el boceto de un retrato, que termina rápidamente delante del mismo Embajador. «Es increíble –escribirá éste a Catalina a raíz de la escena– cómo habiéndose iniciado en la pintura hace muy poco tiempo, por las lecciones que le da una de sus damas italianas, haya adelantado tanto» (*Ibidem*, I, pp. 262-263). El embajador le manda a Catalina uno de estos dibujos para que compruebe la veracidad de sus palabras.

<sup>23</sup> Madame de Vineux a Catalina, Toledo, 30 de septiembre de 1561: «Elle passe son temps la plus part a paindre, a quoy elle prend grand plaisir, de sorte que je pense, devant qui soit ung an, qu'elle sera si bonne maitresse que celle même qui l'apprend, qui est du meilleures du monde» (Biblioteca Nacional de París, fonds français, vol. 3.902, fol. 86). Citado en *Ibidem*, I, p. 263, nota 113.

<sup>24</sup> Sobre el inventario y almoneda de Isabel de Valois véase *Ibidem*, III/2, pp. 523-573.

las joyas de oro, plata, piedras y perlas, vestidos y cosas de la guardajoyas y ropa blanca, bordaduras y recamara de Su Majestad se encargaron Martín de Mimbrenño, Juan de Caicedo y Juan de Liaño.

Un capítulo importante lo ocupa, sin duda, sus vestidos. De este modo, se suceden minuciosas descripciones de sayas, cotas, mantillas, mucetas, manteos, capotes, y capotillos, sombreros, basquiñas, gorgueras, verdugadas y jubones. También de guantes, camisas, zapatos, chapines, calzas....

Durante sus primeros meses en la Corte, Isabel vistió siguiendo la moda española, italiana y francesa, existiendo elementos comunes entre ellas. La rigidez del busto, provocada por la ballena que se colocaba debajo del vestido, era propio de la moda francesa, aunque también estaba presente en el estilo español. Por contraste, el verdugado permitía una mayor amplitud a la altura de las caderas.

El escote, que estuvo de moda sobre todo entre 1530 y 1540, era prácticamente universal. Recto o un poco redondeado descendía desde el inicio del pecho hasta la altura de las axilas, terminando a menudo en unas hombreras. Se solía cubrir con una blusa de tela fina que terminaba en una gorguera que rodeaba el cuello por completo o ligeramente abierta. Así lo vemos, por ejemplo, en el retrato de Isabel de Valois realizado por Alonso Sánchez Coello, anteriormente mencionado (fig. 1). En él, la joven reina luce un vestido ceñido con mangas abullonadas y con un amplio escote con una blusa que se decora en esta ocasión con ricos adornos para terminar con una gorguera ligeramente abierta por delante y cerrada en la base por un collar de perlas. El escote podía ser también sin cuello, como puede verse en el dibujo de Margarita de Francia, hermana pequeña de Isabel, realizado por François Clouet hacia 1559 (Musée Condé, Chantilly).<sup>25</sup> Como señala, S. Édouard el tránsito de la moda francesa a la española quedaba patente sobre todo en la forma del escote que «dejaba de ser abierto y redondeado para subir hasta el cuello y rodearlo».<sup>26</sup>

Aunque en su inventario postmortem no se menciona en su mayoría la procedencia de las piezas sí que se citan varios ejemplos de sayas de Florencia:

«Otra saya de r(r)aso amarillo de Florencia r(r)aspada y acuchillada con seis r(r)ibetes de terciopelo amarillo sobre unas fajas de terciopelo amarillo escamadas e respuntadas los dichos r(r)ibetes cuerpo alto e manga r(r)edonda aforrado en tafetan amarillo y el r(r)uedo de r(r)aso amarillo picado. Tasose en veinte e seis mil(l) *maravedis*.

<sup>25</sup> ÉDOUARD, Sylvène, «Isabel de Valois...» *cit.* (nota 6), pp. 246-248.

<sup>26</sup> *Ibidem*, p. 252.

Mas otra saya de r(r)aso encarnado carmesí de Florencia enprensada e r(r)aspada e por guarnicion ocho r(r)ibetes de r(r)aso e quatro de terciopelo enganduxados con pasadillos de r(r)aso e quatro terillas de terciopelo que haze abollados cuerpo alto e manga r(r)edonda aforrados en tafetan encarnado e r(r)uedo de r(r)aso (*tachado*: carmesí) encarnado picado. Tasose en treinta mil(l) *maravedis*.

Mas otra saya de r(r)aso blanco de Florenzia enprensada guarnecida con dos faxas de terciopelo blanco y ençima dellas unas manezuelas de torçales y de seda blanca e trençillas y entorchadas de seda blanco con quatro pestañas de r(r)aso blanco cuerpo alto e manga r(r)edonda aforrado en tafetan blanco picado <y (...) de r(r)aso blanco picado>. Tasose en quarenta e quatro mil(l) e trezientos *maravedis*» (fol.10r).

También de Génova: «Otra saya de tafetan blanco de Genoba labrado con quatro r(r)ibetes de r(r)aso blanco por guarnicion ençima de quatro tiras de terciopelo blanco con dos abollados de r(r)aso blanco cuerpo alto e manga de punta aforradas las mangas en tafetan frisado blanco e la saya aforrada en tafetan blanco y r(r)uedo de r(r)aso blanco tasada en quinze mil(l) y trezientos e set(t)enta e cinco *maravedis*» (fol. 10v).

No falta tampoco la descripción de la ropa blanca. Así se suceden las descripciones de una gran cantidad de camisas (fol. 28v), gorgueras (fol. 29v), escofiones con perlas y cofias (pp.57-58), calzas (fols. 27v-28r), guantes (fol. 31r), cintas de seda (p. 57)...

El lujo francés de los vestidos de Isabel, que se refleja en el inventario, debió resultar chocante en la corte española.<sup>27</sup> Debió contrastar con la severidad de doña Juana, quien vestía de acuerdo a su condición de viuda. Por lo demás, Isabel solía llevar una diadema trabajada con perlas y piedras preciosas que le recogía el cabello hacia atrás. Por el contrario, doña Juana aparece en sus retratos con la toca de papos que le cubría las orejas y las sienas.<sup>28</sup>

Pero además, según relata Branthôme, la joven Isabel nunca llevó el mismo traje dos veces, ya que una vez puesto, solía regalarlo a sus damas y camaristas.<sup>29</sup> Sólo en una ocasión se cuenta que se puso dos días seguidos el mismo vestido, ya que Felipe estaba ausente y no había podido verlo<sup>30</sup>. Muchos de los vestidos eran regalo del rey Felipe II, aunque Isabel hizo también alguna compra de diferentes piezas de gran valor como las pieles, sobre todo las de

<sup>27</sup> *Ibidem*, p. 254.

<sup>28</sup> *Ibidem*, p. 250.

<sup>29</sup> Citado por GONZÁLEZ DE AMEZÚA Y MAYO, Agustín G. de, *Isabel de Valois... cit.* (nota 1), I, p. 268.

<sup>30</sup> *Ibidem*, p. 269.

martas, que se utilizaban a menudo en la confección de los vestidos, manguitos y sombreros.<sup>31</sup> Otras pieles eran de armiño y lobos cervales. En ocasiones, Isabel llegaba también a cambiar de vestido hasta dos veces al día.

Más económicos parecían ser los sombreros. Así, consta que Isabel compró en noviembre de 1561 por sólo seis ducados a Felipe Forzera, gorrero, un par de ellos, uno verde y otro verdoso con su aforro correspondiente.<sup>32</sup>

Por otra parte, pese a que diversas crónicas hacen hincapié en su gran belleza, otros autores como Cabrera de Córdoba escribía que era «pequeña, de cuerpo bien formado, delicado en la cintura, redondo el rostro trigueño, el cabello negro, los ojos alegres y buenos, afable mucho; y fue llamada de la Paz por la que hicieron las dos Coronas».<sup>33</sup> Según González Amezá, en estas palabras no se aprecia ningún calificativo que declare hermosura singular.<sup>34</sup>

Felipe II e Isabel de Valois tuvieron dos hijas: Isabel Clara Eugenia, llamada así por la gran devoción de Isabel por San Eugenio, cuyas reliquias fueron traídas desde Francia a Toledo. Nacida el 12 de agosto de 1566 y que casada con el archiduque Alberto sería futura gobernadora de los Países Bajos. El 6 de octubre de 1567 nació Catalina Micaela, que casaría con Carlos Manuel, duque de Saboya. Al año siguiente Isabel de Valois nuevamente embarazada moría a los 22 años, el 3 de octubre de 1568. Fue enterrada provisionalmente en el Monasterio de las Descalzas Reales, junto al príncipe don Carlos, que había muerto unos meses antes (en junio). Pero cuando las obras del Monasterio del Escorial se adelantan y se construye la iglesia que llaman de prestado, Felipe acuerda el traslado de los cuerpos de su hijo, el Príncipe don Carlos y de su tercera mujer, Isabel, dando para ello las ordenes convenientes a su Prior. Y así se hace el 7 de julio de 1573, en que se llevan al nuevo Monasterio, acompañándolos desde Madrid un gran número de religiosos, los músicos de la Capilla real, el limosnero mayor de Palacio y el Capitán de la Guardia Real a caballo con toda su gente.

Acabado el inventario el 2 de agosto de 1569, se notificó a Cristóbal de Oviedo, para que se hiciera cargo como depositario de todos los bienes muebles de la Reina reseñados en él; y cumplido este trámite; cosa que con efecto efectuó a 6 del mismo mes, se procedió con los preparativos de la almoneda, mediante el alquiler del aposento alto del Hospital de La Latina, donde en los estantes, mesas y barrotes mandados a construir para el caso se colocaron todas las cosas

<sup>31</sup> *Ibidem*, p. 269.

<sup>32</sup> *Ibidem*, p. 270.

<sup>33</sup> CABRERA DE CÓRDOBA, Luis, *Historia de Felipe II... cit.* (nota 4), I, p. 209.

<sup>34</sup> Citado por GONZÁLEZ DE AMEZÚA Y MAYO, Agustín G. de, *Isabel de Valois... cit.* (nota 1), I, p. 330.

vendibles. El 11 de diciembre de 1569 Antonio de la Cueva, Mayordomo Mayor de las Serenísimas Infantas, ordenó que se abriese la almoneda, nombrando como escribano de ella a Francisco Escudero. La almoneda que tenía como fin pagar las deudas (como las que tenía pendientes con el pintor Jorge de la Rúa), mandas y legados de su testamento, se concluyó el 30 de julio de 1575.

Isabel de Valois había muerto el 3 de octubre de 1568, pero la triste noticia tardó todavía unos días en llegar a su madre Catalina de Médicis, quien no había dejado de enviar misivas a su hija con consejos sobre dietas y embarazos. Tras las primeras horas de dolor, manifestaba su esperanza que los lazos que unían a ambas coronas no se hubieran roto como consecuencia de tal suceso, y declaraba «no tengo más que un deseo y es que mi hija Margarita ocupe el lugar de su hermana casándose con él».<sup>35</sup> Sin embargo, Felipe II no aceptó finalmente tal ofrecimiento y dos años más tarde, en 1570, contrajo matrimonio con su sobrina, Ana de Austria.

<sup>35</sup> Citado en *Ibidem*, II/2, p. 517.